

y lo que era mas importante con el príncipe elector de Colonia, que había originado el conflicto de Lieja. Estas relaciones, que significaban una brecha abierta en la mayoría católica, continuaron aun despues de la prision del duque Carlos de Lorena y despues de firmado el convenio de Tirmont, con el cual se había desviado el peligro mas inmediato para el obispado de Lieja.

Lo mas importante, sin embargo, fué el haber llegado á una inteligencia segura con las cortes de Brunswick, de lo cual se encargó Waldeck personalmente. En una conferencia que éste celebró en marzo de 1654 en Tangermunde con el representante de Baviera Schenck de Winterstadt, se estableció un acuerdo completo respecto de la conducta política del imperio, sin que por esto se llegara á una alianza en el sentido de Waldeck, porque esta alianza suponía que los aliados prescindirían de los institutos oficiales del imperio, en la inteligencia tácita de que el elector de Brandeburgo tendría la dirección de la liga. Los duques de Brunswick no vieron bastante claro el papel que les había de corresponder en semejante union particular; temían que el elector se sirviera de la liga contra el conde palatino de Neuburg, y no querían quedarse en segunda fila. Su programa era con preferencia continuar en el terreno firme de la constitucion del círculo, formar dentro del mismo círculo una masa compacta de los de la Sajonia baja y de Westfalia, organizar las fuerzas militares de estos círculos y esperar así los peligros venideros. No obstante, se obligaron á lograr la entrada del elector en la alianza de Hildesheim y á reunir sus esfuerzos para que se le nombrara jefe militar de las fuerzas del círculo de Westfalia. Waldeck, á pesar de todo, no se apartó de su proposicion de formar una liga particular nueva.

Entretanto llegó el parlamento de Regensburg á su fin de la manera que se ha dicho, sin resultados decisivos y en la mayor excitacion de los ánimos. Cada dia se sentía mas la necesidad de formar agrupaciones que produjeran mayor seguridad para los partidos. En una nueva conferencia con los consejeros de Brunswick, celebrada en Goslar en junio de 1654, ganó Waldeck algun terreno mas; el avance de los suecos en la cuestion de Bremen se hacía cada dia mas sospechoso para los duques de Brunswick, y cuando Waldeck confiando en sus negociaciones con la corte de Francia dió á entender en términos bastante claros que su soberano el elector á falta de aliados alemanes podría fácilmente encontrarlos en el extranjero, cedieron los duques, y en vista de los peligros que amenazaban del lado del Rin y del Weser, reconocieron la insuficiencia de la organizacion militar del círculo y se declararon dispuestos á entrar en negociaciones sobre una alianza particular. Hasta que esta alianza se verificara prometían formalmente auxiliarse con las armas contra todo ataque enemigo, pero se reservaron el derecho de no mezclarse en el conflicto que pudiera originarse en los países de Julich y Cléveris.

Era éste un principio muy pequeño de la gran alianza proyectada; pero Waldeck creyó haber ganado mucho con esto y escribió al elector que sobre esta base podría continuarse, y que podría mantenerse la paz y el elector llegar á ser cabeza de un gran partido. Un colega suyo en Berlin escribió que con solo que hubiese voluntad quedaria salvada la libertad de los soberanos alemanes, ya que en su opinion los duques mencionados no podían desdecirse y además necesitarían según toda apariencia la amistad del Brandeburgo.

En Cassel continuó Waldeck sus trabajos, creyendo poder contar con el joven landgrave, cuñado del príncipe elector, tan luego como todo lo demás estuviese arreglado. Entretanto continuó el landgrave muy reservado; pero algunos meses despues, en setiembre de 1654, el gobierno de Berlin

firmó con él un convenio para auxiliarse mutuamente con las armas, de la misma manera que se había pactado con los duques de Brunswick.

Lo mas importante fué entonces ganar al príncipe elector de Colonia, según había convenido Waldeck en Goslar con los duques de Brunswick, si bien con esto se pasaba mas allá de los límites de la liga simplemente protestante. El elector de Colonia desde el asunto de Lieja había manifestado con toda franqueza su agradecimiento por la actitud decidida de su colega de Brandeburgo y se ofreció á él como mediador en su contienda con el conde palatino de Neuburg para que éste le restituyera sus derechos y honores, y para dirimir el conflicto en el círculo de Westfalia. En una entrevista que Waldeck tuvo en Wetzlar en julio de 1654 con el conde de Furstenberg, consejero de la mayor confianza del elector de Colonia, aceptó éste sin ninguna dificultad la proposicion de un compromiso obligatorio de prestarse los dos príncipes convenidos mutuamente su auxilio militar en sus territorios, particularmente en el caso de nuevos ataques del duque de Lorena y de Condé. No fué este pacto, como el convenio con los duques de Brunswick, una alianza definitiva y sólida, pero si bien no pasaba de un convenio previo, produjo su efecto; los duques de Brunswick cobraron valor para ponerse mas manifestamente que antes del lado de la ciudad de Bremen contra el gobierno sueco, y el conde palatino de Neuburg se mostró mas conciliador en la cuestion de dar participacion á los gobiernos protestantes del círculo en la dirección de sus asuntos. La política de Waldeck empezaba, pues, á dar sus frutos.

Entonces, con la muerte del joven rey de romanos Fernando IV en 9 de julio de 1654, se agregó á las cuestiones pendientes la gran cuestion de elegir un nuevo sucesor para el trono alemán. Se abrieron perspectivas enteramente nuevas; la corte de Viena, apenas estuvo enterado el difunto, se apresuró á entrar en la campaña diplomática para la eleccion del nuevo sucesor á favor del hijo segundo de Fernando III, el archiduque Leopoldo Ignacio. Con no menos prisa se presentó la diplomacia francesa, y el cardenal Mazarino empezó á trabajar en las cortes electorales contra la eleccion de un Habsburgo y en favor de un príncipe bávaro. Entre los príncipes electores se manifestó inmediatamente la division; el elector de Maguncia, Juan Felipe, se declaró decididamente por la casa de Austria; contra ella trabajó su colega de Colonia, y todo el mundo diplomático tomó parte apasionadamente por uno ú otro bando.

Para los proyectos de Brandeburgo fué muy útil este movimiento, porque ofreció la ocasion mas propicia para ponerse de acuerdo con los que se hallaban interesados en el mismo proyecto. A mediados de setiembre tuvo Waldeck una entrevista en Arnsberg con el elector de Colonia, y el resultado correspondió correctamente á sus deseos. Se convino en el mútuo auxilio armado en caso de ser atacados; se renovó y amplió el convenio, y el elector de Colonia prometió ocuparse enérgicamente en concluir las diferencias ocurridas en el círculo de Westfalia y obtener un resultado favorable al elector de Brandeburgo. Los dos electores prometieron no dar ningun paso en la eleccion del nuevo rey de romanos sin haberse puesto antes mutuamente de acuerdo y no precipitar en ningun caso este asunto. El elector de Colonia se mostró perfectamente dispuesto á entrar en una alianza formal y prometió alcanzar el ingreso en ella del príncipe elector de Tréveris, mientras el de Brandeburgo realizara la alianza con los duques de Brunswick, á quienes instaban sus consejeros mas influyentes para que declarasen definitiva la alianza, ya que fuera del elector de Brandeburgo no había en el imperio nadie con quien los duques pudiesen contar.

Celebróse en Hanover una nueva conferencia entre Waldeck y los tres consejeros de Brunswick, Winterstadt, Schwarzkopf y Langenbeck, bastando pocas sesiones para llevar la alianza á cabo. Respecto de la entrada del soberano de Brandeburgo en la alianza de Hildesheim, en la cual la

Suecia había consentido finalmente, se dejó aparte esta cuestion, ya que á los mismos duques de Brunswick interesaba mas que al soberano de Brandeburgo conservar su libre accion en lugar de entrar en aquella alianza. En su consecuencia se firmó una liga defensiva entre los tres duques de



Quae Ducis illustres patriae tibi nuper honores
Cara Deo sortis, magne Principis, aedit.
Haec Electoris titulos quosq; antulsi Et nunc
Imperium colunt, quod veneretur, habet.

Quae tenetis Principis o laudatissime! Dum sit
Municipalis ingenio beneficiis, decus!
Salve cara Rex! Pacis te signis instat
Pena colit fama Teutonia terra tuae.

Emendatione Scripsumus, Prussia DD JOANNI PHILIPPO S. Sedis Maguntinae Archiepiscopo, S. R. I. P. G. E. R. Archiepiscopo
Tunc Electori, Episcopo, et Orientali Franciae duci, de Episcopatu hinc à se pulsum, hinc à DD. Melchior. Morner. Junior.

El elector Juan Felipe de Maguncia. De un grabado de Mateo Merian (1621-1687)

Brunswick y el elector de Brandeburgo, comprometiéndose á auxiliarse mutuamente con su fuerza armada siempre que fuesen atacados sus territorios alemanes (1). Se dejó libre el ingreso de otros potentados del imperio, y habiendo ya dado á conocer el elector de Colonia su intencion de entrar en la alianza, se convino en admitirle cuanto antes. Además de este convenio hubo inteligencia entre los apoderados, y se acordó no permitir que la ciudad de Bremen cayera en poder de Suecia y auxiliara diplomáticamente y eventualmente con recursos pecuniarios.

(1) Véase Morner: Convenios y tratados políticos del electorado de Brandeburgo, pág. 183.

Con esta alianza, que fué firmada en 3 de octubre y fecha da en 23 de setiembre de 1654, el proyecto de union de Waldeck entró al parecer en el primer período de su realizacion. Además de estos cuatro aliados primeros con sus dilatados territorios había la casi seguridad del ingreso del elector de Colonia con su electorado y de los territorios de Lieja é Hildesheim, y aun la esperanza de que ingresara tambien el elector de Tréveris. Hesse-Cassel estaba ya ganado; hallábase en la mejor disposicion el administrador de Magdeburgo; en el Sur de Alemania ofrecía su entrada el soberano de Wurtemberg, que acaso podia ser aceptado con ventaja mas adelantada; en el Norte se mostraron los duques de Mecklenburgo

favorables al ingreso, y además seguían las negociaciones secretas con Francia para favorecer los proyectos del porvenir.

Extendióse entonces el rumor de que se estaba formando un nuevo y poderoso partido que había de originar un cambio notable en la situación política interior de Alemania. La Suecia no ocultaba cuánto le disgustaron aquellas negociaciones diplomáticas que se seguían sin su participación; empezaba á ponerles dificultades siempre que se ofrecía la ocasión, y el embajador brandeburgués en Estokolmo previó mal tiempo por este lado. La situación preponderante de Suecia en la Alemania del Norte, situación aprovechada con tanta brutalidad y soberbia por aquel gobierno, parecía seriamente amenazada, y se extendía el temor de que el nuevo rey de Suecia Carlos Gustavo se preparase á presentar, y acaso á apoyar con la fuerza, pretensiones sobre la herencia de Julich y Cléveris.

También advirtieron el duque de Lorena y sus partidarios que en los territorios occidentales de Alemania empezaba á soplar un viento muy distinto; y cuando se acercó la época de designar cuarteles de invierno á las fuerzas lorenenses, el duque Francisco de Lorena, hermano del duque preso, solicitó del elector de Colonia que permitiera el paso de algunos regimientos por su territorio para darles cuarteles de invierno en los territorios neutrales vecinos, prometiendo respetar los del elector. Este se negó rotundamente á lo pedido y al propio tiempo puso sus tropas sobre las armas para rechazar á la fuerza toda tentativa del lorenés. El gobierno de Berlín anunció al elector de Colonia que estaban acantonados en Westfalia ochocientos hombres que acudirían á su auxilio á la primera noticia y que tras ellos irían inmediatamente refuerzos. El duque Francisco, ya por temor, ya por otros motivos, no llevó su pretensión á cabo, y durante el invierno se vieron los territorios rinianos libres de las tropas lorenenses y de las de Condé.

El conde palatino Felipe Guillermo se vió cada vez más amenazado en su territorio de Julich por la alianza que se iba formando alrededor de él. Con su actividad diplomática habilísima buscó en cuantas partes pudo apoyo y seguridades y tuvo la suerte de que un soberano católico vecino, que también necesitaba y buscaba relaciones políticas que le apoyaran, trabajó en la misma dirección y preparó la liga católica, que prometía prestarles eficaz auxilio.

Esta liga católica de magnates se formó cuando la unión inspirada por el elector de Brandeburgo estaba á punto de completarse (1). Al obispo Cristóbal Bernardo de Munster corresponde la iniciativa de la liga católica. El obispo buscaba un apoyo contra el temido poder sueco y contra la población discolosa de su capital Munster, y consiguió por lo pronto entablar relaciones con los electores de Colonia y Tréveris y con el conde palatino de Neuburg para formar una alianza particular.

El conde palatino no se mostró difícil y el elector de Colonia creyó no faltar á sus compromisos con el elector de Brandeburgo accediendo á los deseos de su colega eclesiástico; y habiendo las cortes de Brunswick exigido para la entrada del arzobispo de Colonia en la alianza que presentara el consentimiento del cabildo de su catedral, el arzobispo se mostró agraviado y entró en la combinación puramente católica. Sin embargo, ni él ni el obispo de Munster pensaron en dirigir su alianza contra el elector de Brandeburgo, antes bien solicitaron su ingreso en la alianza católica. Muy diferentes eran las intenciones secretas del conde palatino de Neuburg.

(1) Véase Joachim: *La formación de la liga del Rin del año 1658*, página 22.

Esta nueva alianza defensiva fué formada por dos años en 15 de diciembre de 1654 en Colonia entre los príncipes electores de Colonia y Tréveris, el obispo de Munster y el palatino de Neuburg (2). Según la letra de este convenio su objeto era únicamente el auxilio mutuo de los aliados cuando se viesen atacados, debiéndose participar oficialmente al emperador la formación de esta alianza. Establecióse un número muy reducido de la fuerza que se obligaban á poner sobre las armas para socorrerse, fijándose el contingente total de los cuatro en 10,000 hombres, y se dejó abierto el ingreso de potentados protestantes. No hay necesidad de examinar hasta dónde estaban justificadas las sospechas de que existieran artículos secretos particularmente católicos en esta alianza, artículos cuya existencia era, según Joachim, muy probable. El hecho era que en Colonia se había formado una alianza de príncipes católicos que, aunque no por todos sus miembros, por algunos iba dirigida contra los proyectos de unión del gobierno de Brandeburgo. Estos adversarios católicos se proponían por lo pronto oponerse á los proyectos del Brandeburgo en Westfalia y en el bajo Rin, dando así razón á los que habían dicho que el establecimiento de la unión protestante capitaneada por el Brandeburgo provocaría la formación inmediata de una contra-alianza católica; lo cual, sin embargo, no se realizó del todo. La situación era más complicada que al principio del siglo, sin que pudiese caracterizarse por la simple oposición entre la unión protestante y la alianza católica. El elector de Colonia, al entrar en la alianza católica, no creía romper con el elector de Brandeburgo, que tan buenos servicios le había prestado; creía más bien mantener ambas relaciones, la una al lado de la otra, porque en cuestiones importantes como la de la elección próxima del emperador futuro era más valiosa la inteligencia con el elector de Brandeburgo que la amistad del obispo de Munster y la del conde palatino. También en Berlín y en las cortes de los duques de Brunswick se alimentó durante algún tiempo la idea de que, á pesar de la alianza católica, el elector de Colonia podría entrar en la unión de Brandeburgo con Brunswick, por cuya razón se aplazó la realización definitiva de la unión; mas al fin fué menester renunciar á esta esperanza y volver á la base primitiva indicada desde un principio por Waldeck como indispensable para sus proyectos de unión. Después de nuevas y largas negociaciones, fué firmada en 29 de julio de 1655 por tres años la alianza defensiva entre el Brandeburgo y los tres duques de Brunswick (3). Este tratado de alianza fué el único resultado preciso y positivo de esfuerzos continuados durante año y medio. Para el Brandeburgo fué de todos modos una ventaja, que unida á las que resultaban de otros convenios más ó menos definitivos que ya conocemos, habría podido llegar á ser acaso en la Alemania del Norte el núcleo de un partido político sólido y útil. De todos modos, para los propósitos elevados de la política brandeburguesa, tal como la entendía Waldeck, era el punto de partida desde el cual se podía ir mucho más lejos; pero los sucesos tomaron un rumbo muy distinto.

Entre la confusión de negociaciones diplomáticas lanzaba ya entonces la nueva y grande crisis del Norte sus fulgores momentáneos y siniestros. Eran los precursores de la guerra sueco-polaca, y los hombres previsores se preguntaban si al volver á estallar la tempestad en el Norte podría el imperio

(2) Se encuentra impresa en la obra de Dumont: *Corp. univ.*, tomo VI, págs. 2 á 97.

(3) Se encuentra en extracto en Morner: *Tratados del electorado de Brandeburgo*.

conservar una neutralidad espectante para dedicarse á la realización de su reorganización interior. Desde luego era probable que uno de los primeros príncipes de Alemania, el elector de Brandeburgo y duque de Prusia, no pudiera conservar su neutralidad y que de una manera u otra tuviera que mezclarse en la contienda. En este caso convenía exa-

minar qué consecuencias podrían resultar para sus relaciones con Alemania.

Esta cuestión se había ya presentado en las últimas negociaciones relativas á la alianza con la casa de Brunswick. Los duques no pensaban ni podían renunciar á la alianza ya pactada, pero de ningún modo querían verse complicados en



Après Ché P. Bertrand Rue S'Jaque à la Poëme dor Proche S'Seuin. Avec Privi, du Roi

Cristóbal Bernardo de Galén, obispo de Munster. De un grabado de Larmessin

las peripecias de la política brandeburguesa en el Norte. Para escudarse contra ellas estipularon que la alianza que estaban á punto de firmar tendría solamente valor para los territorios alemanes del elector y que el ducado de Prusia no formaba parte del imperio alemán; pero previendo también que los territorios alemanes del Brandeburgo, la Pomerania, la Marca y la Neumark podían ser arrastrados al torbellino sueco-polaco, quizás por el mismo príncipe elector, añadieron una cláusula según la cual el elector se obligaba á tratar con ellos con anticipación lo que en el conflicto del Norte pudiera ser causa de un peligro para los Estados alemanes del Brandeburgo y conducir á una invasión enemiga en estos territorios (1).

(1) *Doc. y Actas*, tomo VI, pág. 643.

ALEMANIA DESDE LA PAZ DE WESTFALIA

No hay que decir que esta cláusula ofrecía un asidero muy cómodo para hacer ilusoria toda obligación de prestar auxilio, y era evidente que así lo entendía la diplomacia cautelosa de Brunswick; por manera que bajo este punto de vista la citada alianza, cuya realización había costado tanto trabajo, tenía para ambas partes un valor muy dudoso, porque al firmarse con estas condiciones, quedaba en realidad anulada.

En el fondo fueron tan insignificantes como los de este tratado los resultados positivos de los centuplicados esfuerzos por medio de los cuales los príncipes alemanes y sus hombres de Estado, después de haberse firmado la paz de Westfalia, procuraron garantizar la protección de las fronteras alemanas y la seguridad de sus propios Estados contra todo ataque de fuerza brutal. No se había logrado nada no-

table ni duradero ni en el parlamento ni en las alianzas parciales entre los príncipes alemanes. A pesar de esto será necesario exponer tal situación al lector y echar una mirada rápida á los pormenores intrincados y trabajosos de la actividad política del parlamento alemán de entonces. La verdadera historia política de la Alemania en aquella época es una lucha incesante de muchas fuerzas intelectuales y políticas simultáneas y opuestas, que debilitándose ó anulándose mutuamente sin ningun centro de ideas y propósitos verdaderamente comunes, derrocharon una gran abundancia de energía y de fuerza intelectual en trabajos mezquinos é infructuosos, en correspondencia y conferencias, en victorias diminutas y en desengaños y disgustos. Todas estas fuerzas giran sin cesar en un círculo vicioso del cual no pueden sa-

lir, ganando hoy y perdiendo mañana resultados sin valor; con raras ventajas para algunos, pero con ninguna para el conjunto. En todo este enredo solo los proyectos y planes de Waldeck respiran un espíritu de cierta grandeza histórica, pero como las fuerzas eran insuficientes, no salieron aquellos planes de la esfera de proyectos, quedando todavía un largo camino que recorrer para llegar á la meta.

Aburre y entristece el confuso ruido de tanta actividad diplomática y casi se saluda como un rayo de esperanza y liberación al través de este enredo el agudo sonido de los clarines de la caballería brandeburguesa en su marcha al ducado de Prusia para protegerlo contra suecos y polacos, mientras en lontananza se oye el estruendo de la batalla de Varsovia.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO

LA CUESTION DEL BALTICO Y EL ELECTORADO DE BRANDEBURGO

En 16 de junio de 1654 abdicó solemnemente ante los Estados de Suecia, reunidos en asamblea en Upsal, la reina Cristina, ya desde algunos años antes deseosa de deponer la corona. Algunos meses despues la hija de Gustavo Adolfo se convirtió en Bruselas á la iglesia católica, uno de los triunfos mas ensalzados de los jesuitas, triunfo no deslustrado por el hecho de que la regia convertida no fué católica creyente, sino simplemente una desertora de la religion, del trono y del país por hastío é indiferencia.

La corona vacante pasó á un príncipe alemán, pero natural de Suecia, hijo de una princesa de Vasa, y el mas próximo pariente protestante de la antigua casa real. La medalla conmemorativa de la coronación llevaba la inscripción: *A Deo et Christina*. El nuevo rey era el conde palatino Carlos Gustavo de Dos Puentes, de quien hemos hablado ya como generalísimo del ejército sueco en Alemania en los últimos años de la guerra magna, y arreglador del negocio de la paz. Como rey de Suecia se llamó Carlos X Gustavo.

Cuando estaba negociando la paz pintó su retrato Anselmo de Hulle y el Palatinado escogió por lema de este retrato: *Bella terminantur quoque amore pacis*. Entonces, trabajando por la paz en Alemania, procedió sinceramente segun el espíritu del citado lema; pero desde que ciñó la corona de Gustavo Adolfo era cosa segura que se preparaba una nueva y gran crisis en el Norte de Europa. Un año despues de su subida al trono comenzó su guerra contra la Polonia, cuya guerra duró cinco años, arrastró en su corriente á todo el Noroeste de Alemania, puso en movimiento á todas las potencias, hasta las mas distantes, y resucitó todas las cuestiones aun las mas enredadas de la política del Báltico. Pusieron en actividad las pretensiones hasta entonces reservadas, los deseos ocultos de los Estados y pueblos, hasta que el mismo Carlos Gustavo quedó hundido en el torbellino con la

fama de un guerrero sin igual y de un político desdichado en sus empresas.

No sería justo atribuir el origen de esta guerra del Norte, ni siquiera en su parte principal, á la afición belicosa é indómita del joven rey, cuya impetuosidad y pasión solo llegaron á desplegarse en las peripecias de la guerra. Lo que la suscitó fueron circunstancias políticas y económicas interiores de Suecia, que impulsaron otra vez á la nación sueca despues de un corto descanso á los campos de batalla y á la carrera de las conquistas.

La Suecia desde mas de medio siglo habia enviado la flor de su juventud á los campamentos en el extranjero. La gran potencia sueca creada alrededor del Báltico necesitaba para conservarse guerras incesantes, y toda la vida de la nación habia quedado cifrada en la guerra exterior; pero la guerra engendraba la guerra, pues mientras la nobleza y la población rural en tiempo de paz tenían que mantener las fuerzas permanentes, este ejército en tiempo de guerra se mantenía á expensas de las comarcas extranjeras, sin costar nada á la Suecia (1), al paso que los oficiales y soldados licenciados llevaban muchas veces dinero y otras cosas de valor, ganados en el extranjero, á su país, donde los oficiales se fincaban. Para ellos era la guerra una industria muy productiva; pero cuando volvió la fuerza militar sueca á su país, como sucedió despues de la paz de Westfalia, la nobleza y la población rural gimieron bajo la carga extraordinaria de la manutención del ejército, á cuya carga nadie estaba acostumbrado. Las mismas tropas suspiraban por gozar de nuevo la libertad de la vida de campaña con su abundancia de goces. La Suecia como gran potencia no podia existir sin un gran ejército y tenia que buscar siempre nuevas guerras para mantener y ocupar este ejército á expensas del extranjero. En el año 1652 Adler Salvius, notable hombre de Estado sueco, escribia que las tropas, á su regreso de Alemania, eran una pesada carga para la Suecia, y que era necesario ver de darles pronto tra-

(1) Cuando el rey Carlos Gustavo habia hecho ya durante dos años la guerra en Polonia escribió en enero de 1657 que durante todo este tiempo no habia sacado casi ningun recurso pecuniario de la Suecia (Carlson, tomo IV, pág. 205).

bajo en el extranjero, añadiendo que si otros Estados emprendían guerras porque eran ricos, la Suecia debia emprenderlas porque era pobre.

La Suecia era un país de limitados recursos naturales, y aun estos recursos no podían menos de dar poco de sí cuando la juventud robusta de la nación era llevada á los campos de batalla en el extranjero. La agricultura iba decayendo y la producción minera desde hacia mucho tiempo se mantenía solo por la actividad de los capitalistas holandeses de Amsterdam y de Harlem, los cuales no miraban mas que á su propio interés. La política de gran potencia de los reyes de Suecia costó en último resultado al país su bienestar natural; y cuando Carlos Gustavo subió al trono, encontró las arcas del Estado exhaustas y desorganizadas todos los ramos de la administración. El período de menor edad y el cortísimo de la mayor edad de la reina Cristina, habian sido en extremo funestos para Suecia, siendo particularmente pernicioso el despilfarro de los bienes y rentas de la corona que durante el último reinado habia ido creciendo continuamente. La mayor parte de los bienes de la corona habian sido donados, pignorados ó vendidos á la nobleza sueca, que tanto en el consejo como en campaña se hizo pagar prodigamente sus servicios con los bienes inmuebles del Estado, cuyas rentas eran el recurso principal del gobierno para sufragar los gastos de la administración. Habiendo caído la mayoría de estos bienes en manos de la nobleza codiciosa, y habiendo continuado exentos de contribución como bienes de la corona, resultó que la administración general quedó en su mayor parte paralizada. Estas enajenaciones habian reducido los ingresos del Estado en mas de un millon de talers anuales, á cuya suma se agregó la falta de las rentas de aduanas y de los productos de las minas, que estaban empeñados.

La clase de la nación que se sintió perjudicada directamente, y con ella los intereses generales del Estado, empezó á agitarse. La población rural, que cultivaba los bienes de la corona que habian pasado á manos de la nobleza, se quejó de los gravámenes y servidumbres con que la oprimían sus nuevos amos, y pidió á voces ser libertada del yugo de la nobleza y volver otra vez bajo el dominio de la corona como antes. En las ciudades no eran menores las quejas, y el clero, que en Suecia siempre habia formado una especie de *tribuni plebis*, hizo causa comun con los quejosos y les prestó su inteligente é influyente palabra. El jefe mismo del Estado se vió perjudicado sensiblemente por el despilfarro de los bienes de la corona, y Carlos Gustavo se encontró en situación tan pobre, que sus haciendas rurales, segun dice un informe de la época, no le producían siquiera para mantener sus caballos al viajar recorriendo el país. En tal situación no era un recurso suficiente la mayor economía; el único remedio eficaz era lo que llamaban entonces la *reversion*, pedida por las clases inferiores hacia años, y que fué el recurso de que el nuevo rey echó mano, dando una especie de golpe de Estado. En efecto, la tal reversion significaba la reincorporación á la corona de los bienes enajenados (1). Dada esta situación y estas condiciones, era urgente una energética reforma interior de la Suecia. Carlos Gustavo lo reconoció así, y abundando en las mismas ideas algunos de los mas eminentes de sus consejeros querían y proponían la conservación de la paz; pero otras consideraciones preponderaron. Dificilísima era la conservación del ejército dentro del país, y por otro lado no era prudente reducir ó licenciar este ejército; porque un desarme de la Suecia habria equivalido á una renuncia á

la posición de gran potencia y habria sido faltar á las tradiciones de los últimos sesenta años. Para salir de este atolladero no habia mas que un recurso, una guerra en el extranjero que mantuviese al ejército y que prometiera á éste sueldo y botín y nuevos laureles, con la esperanza de pagar con dinero extranjero otro gran ejército mercenario. No podia faltar el pretexto para una guerra; por lo mismo se ocupó el consejo del reino en los preparativos, y decidido este punto se discutió la cuestión del país contra el cual convenia dirigir las armas suecas con mas ventaja, y si habia de ser la Dinamarca, el imperio moscovita ó la Polonia (2). El rey se decidió por la guerra contra Polonia, y las condiciones políticas generales apoyaron con mayor decisión esta guerra. Las luchas anteriores con la Polonia habian terminado en 1629 por medio de un armisticio de seis años y despues en 1635 por la paz de Stumsdorf, ó mejor dicho, por otro armisticio de veinte años. Esta paz habia sido comprada con la restitución de todas las plazas marítimas prusianas conquistadas por Gustavo Adolfo. De esta pérdida jamás se habia consolado la Suecia, y el consejo citado dijo que era menester recuperar estas plazas prusianas, porque de otra manera pesaría siempre sobre los suecos la ignominia de la cobardía (3).

Hacia ya algunos años que se habia tratado de pactar una paz definitiva entre Polonia y la Suecia; pero un congreso de paz que se reunió en Lubeck, en el año 1652, por mediación de Francia y de Venecia, dió el mismo resultado negativo que las demás tentativas anteriores. La Polonia, en lugar de hacer concesiones, estaba mas bien dispuesta á reclamar de la Suecia la restitución de la Livonia. A esto se agregaron cuestiones dinásticas, porque habia el peligro de que el último vástago de la rama católica de los Vasa, el rey de Polonia, Juan Casimiro, pretendiera la sucesión al trono de Suecia contra la línea del Palatinado. Sin embargo, el rey de Polonia era demasiado impotente para apoyar esta pretensión con las armas, á causa de lo ingobernable que se mostraba el pueblo polaco. Esta diferencia contribuyó á dejar abierta la herida, atendida la importancia mas teórica que práctica de las cuestiones de derechos de soberanos y de las pretensiones á que daban lugar.

Por otra parte, la ocasión era favorable para realizar una guerra ofensiva con esperanzas de gran provecho contra la república aristocrática polaca; pues aquel rey Juan Casimiro que pretendió la sucesión al trono de Suecia antes que la línea del Palatinado y tenia la intención de pedir la restitución de la Livonia, era en realidad el soberano mas impotente de la cristiandad y estaba expuesto á toda clase de peligros. Jamás habia llegado á tan alto grado de división interior la nación polaca como en la época en que ocupó el trono el último Vasa y empezó á practicarse en los parlamentos polacos el *liberum veto*. Entre los magnates polacos todo se volvían planes de traición y de separación; y las potencias beligerantes, mucho mas que en las peripecias de la guerra que iba á empezar, se ocuparon en discutir la idea de un reparto de la Polonia, idea preparada por los mismos magnates con sus negociaciones secretas de hacer traición á su país; pues ya en el año 1648 los jefes de la nobleza de Lituania habian ofrecido al gobierno sueco separarse de la Polonia y unirse á la Suecia (4), y ofrecimientos análogos se repitieron mas adelante. Uno de los primeros funcionarios de la corona polaca, el subcanciller Radziejowski

(2) Pufendorf: *Carlos Gustavo*, tomo I, párrafo 50, cuyo pasaje es evidentemente traducido de los protocolos del consejo sueco.

(3) Pufendorf: *Carlos Gustavo*, tomo I, párrafo 55; véase tambien Carlson, tomo IV, pág. 34.

(4) Carlson, tomo IV, pág. 27.

(1) Véase sobre las tentativas de reversion del rey Carlos Gustavo, á Carlson, tomo V, pág. 206. El éxito no fué radical, pero treinta años despues realizó Carlos XI esta medida en gran escala.